



Una teoría del libre albedrío desde otra perspectiva

Marisa Regueiro*

La filosofía afecta a todos los aspectos de nuestras vidas... y si no tenemos una teoría coherente de la racionalidad, nuestras teorías sobre los seres humanos y la sociedad e verán afectadas, e incluso se verá afectada nuestra toma de decisiones.

EL Premio Internacional de Ensayo 'ovellanos recayó, en su sexta edición (2000), en *Razones para actuar, una teoría del libre albedrío*, de John R. Searle (1), conocido en España fundamentalmente por *Actos de habla. Un ensayo de filosofía del lenguaje* (2). Que el premio

* Doctora en Filología Hispánica. Madrid.

(1) Oviedo, 2000, Ediciones Nobel, 289 pp.

(2) Publicado en inglés en 1970. La versión española fue editada por Cátedra, en 1979. Searle desarrolla la Teoría de los Actos de Habla sobre el supuesto de que la unidad mínima de la comunicación lingüística no es la palabra, ni siquiera la oración, sino el acto de habla que se realiza al emitir una expresión lingüística, en la que se realizan muchos tipos de actos, desde mover los músculos, la mandíbula y la lengua hasta, por ejemplo, aburrir o dar una alegría al interlocutor.

se conceda a la reflexión sobre el tema del libre albedrío considerado desde una perspectiva distinta respecto de aquellas con las que suele identificarse—lo —casi exclusivamente con la teología cristiana o con la ética pura—, es por lo menos curioso. Resulta interesante que se muestren, desde la filosofía del lenguaje y de la acción, las sutiles relaciones entre el lenguaje y la racionalidad, y que se defina una completa *teoría del libre albedrío*, con especial atención hacia las consecuencias éticas, en las múltiples razones posibles del actuar, de nuestro actuar. Bien vale la pena detenernos en el texto, intentando precisar las novedades del mensaje.

Los límites de la concepción clásica de la racionalidad

COMPRENDER las claves del problema filosófico de la racionalidad humana y, sobre todo, refutar el modelo heredado en la cultura de Occidente, es el ambicioso objetivo del filósofo del lenguaje de origen norteamericano, padre junto con John Austin de la teoría de los actos de habla, que tanto ha influido en la reflexión sobre el lenguaje de la segunda mitad del siglo XX. Pero va más allá: se propone *enunciar una concepción alternativa* que subraye *la libertad humana como presuposición esencial del pensamiento y de la conducta racionales* (3). Rechaza los seis supuestos que encierra, según su parecer, el modelo clásico; a saber: 1) las acciones racionales están causadas por creencias y deseos; 2) la racionalidad tiene que ver con obedecer reglas especiales que marcan la distinción entre pensamiento y conducta racionales e irracionales; 3) la racionalidad es una facultad cognitiva separada; 4) la debilidad de la voluntad se debe a que hay algo erróneo en los antecedentes psicológicos de la acción; 5) la razón práctica tiene que empezar con un inventario de fines primarios del agente, incluyendo metas y deseos, objetivos y propósitos; 6) el sistema total de la racionalidad sólo funciona si el conjunto de deseos primarios es consistente. Searle considera las flaquezas de dicho modelo a través de dos vías: la refutación de los argumentos clásicos y la afirmación de postulados para una nueva *teoría general*

Dos son los principios básicos: Hablar una lengua 1. es *tomar parte de una forma de conducta altamente compleja gobernada por reglas*; y que 2. *consiste en realizar actos de habla, actos tales como hacer afirmaciones, dar órdenes, plantear preguntas; hacer promesas, etc., y más abstractamente, referir y predicar.*

(3) P. 9.

del papel de la racionalidad en el pensamiento y en la acción (4). Así, contra el primer postulado, sostiene que en los casos normales de racionalidad *las acciones racionales no están causadas por creencias y deseos* –sólo las acciones irracionales, por ejemplo, las adicciones, están determinadas por éstos–; y postula el principio de la *brecha*. Entre las causas de la acción y la acción misma como efecto existe una *brecha*, que *tiene un nombre tradicional... «libre albedrío»* (5).

Frente a los restantes principios clásicos, sostiene, respectivamente, que la racionalidad no consiste en seguir reglas lógicas, con lo que marca los límites de las teorías de la demostración que suelen confundir e identificar reglas con realidad; que no existe ninguna facultad separada de la racionalidad, ya que ésta está incorporada en la estructura del lenguaje y del pensamiento; la debilidad de la voluntad como consecuencia del fenómeno de la *brecha*; la independencia del deseo de muchas razones para la acción; y que las razones inconsistentes para la acción son comunes y, de hecho, inevitables.

El libre albedrío y la intencionalidad: aspectos de la racionalidad universal

LIBRE albedrío e intencionalidad son factores constitutivos fundamentales de nuestra acción en la teoría propuesta. Todas las acciones exigen una intención-en-la-acción. De ahí que defina una acción humana como un evento complejo que contiene una intención en la acción como uno de sus componentes (6). La intencionalidad es uno de los temas preferidos del profesor de Berkeley que sigue –aunque intenta superar– la estela de la Escuela de Oxford. Como lo es de la Teoría de la Actividad Verbal representada por Vigotski y Luria –Malinovski también sostuvo que el habla es un modo de acción y no un contrasigno del pensamiento–, aceptada como marco filosófico del lenguaje, por ejemplo, por la Lingüística del Texto (Leontev). Como Austin, Searle define el lenguaje como una forma de conducta, un rasgo distintivo de la conducta humana, en la que juega un papel decisivo la intencionalidad, objeto de estudio de la Teoría de la Acción. Ya desarrolló esta teoría en *Intencionalidad* (1982); y aquí como entonces, sostiene que la misma, como la racionalidad, es fenómeno biológico primitivo, universal, explicable en términos de la estructura física y biológica del cerebro. Desde esta perspectiva, el lenguaje es mucho más que la expresión

(4) P. 25.

(5) P. 26.

(6) P. 79.

del pensamiento: es inherente y necesario respecto de la racionalidad. La racionalidad está incorporada en la estructura del pensamiento y del lenguaje (7).

La naturaleza biológica de la racionalidad determina su carácter universal: se extiende a todos los seres humanos y es un rasgo de otros fenómenos universales, de manera específica los estados intencionales y el lenguaje (8). El relativismo cultural de la racionalidad que propugnan muchos filósofos y según la cual lo que es racional para una cultura no lo es para otra es, según Searle, una pura ilusión, derivada de la circunstancia de que los mismos principios de racionalidad pueden tener distintas aplicaciones relativas.

El libre albedrío y las razones del actuar

LA novedad y el eje vertebrador de la obra es la afirmación del libre albedrío como condición necesaria respecto de nuestra acción, entendida ésta en el sentido más amplio del término tal como la interpreta la Teoría de la Acción. La *brecha* permite entender que la deliberación previa en el proceso de la acción supone la necesidad de que existe la capacidad de elección entre irracionalidad y racionalidad. Frente al escepticismo de los deterministas, Searle afirma que para comportarse racionalmente uno sólo puede hacerlo si es libre y tiene la posibilidad de comportarse irracionalmente. La racionalidad, universal, biológica, implica que ningún ser humano queda exento de esta condición. En la vida normal consciente no se puede evitar el elegir y decidir (9). Todos experimentamos la libertad en cada una de nuestras más elementales tomas de decisiones o en nuestras actuaciones, por irrelevantes que éstas sean: *presuponemos la libertad siempre que tomamos decisiones y realizamos acciones*, y no podemos evitar el tomar decisiones y el llevar a cabo acciones (10). La elección del mal o del bien, de lo correcto o de lo incorrecto, está siempre presente: somos en todo momento responsables, se ensancha el ámbito de nuestra responsabilidad. Y hay muchas más razones para la acción independientes del deseo de las que

(7) En la misma línea de pensamiento se sitúa la Teoría de la Acción Comunicativa de Habermas, en la que se asimilan, en brillante síntesis, principios antropológicos, sociológicos, psicológicos, filosóficos y lingüísticos que permiten la interpretación de la sociedad moderna.

(8) P. 226.

(9) P. 93.

(10) P. 95.

inicialmente podemos –o puede el modelo clásico– imaginar. El conjunto de creencias y deseos que tenemos previamente a la realización de una acción no es causa suficiente para determinar la acción. La libertad para actuar no es condición suficiente para ser moralmente responsable, pero sí necesaria (11). Tomando un ejemplo del autor: puede que uno no desee pagar un vaso de vino que pide y consume en un bar, pero hay suficiente razón para hacerlo.

En la toma de decisiones y en el actuar racional y por tanto libre, se experimentan tres clases de *brechas*, que representan momentos distintos de nuestra acción en el tiempo, en el marco del libre albedrío:

1.º la que se da entre el proceso deliberativo y la propia decisión (que es la formación de una intención);

2.º cuando se ha llegado a la idea de hacer algo, se ha formado la intención previa, hay una segunda brecha entre dicha intención y la iniciación efectiva de la acción (comienza lo que denomina *intención-en-la-acción*);

y 3.º entre ésta y la forma efectiva de llevar a cabo la actividad hasta su término en un tiempo extenso, una tercera que exigirá un esfuerzo de voluntad especial.

La racionalidad de la acción supone un agente que razona conscientemente a lo largo del tiempo, bajo la presuposición de libertad, sobre qué hacer en el futuro, y esto en sentido teórico tanto como práctico. Cuando Searle se refiere a la acción, no piensa sólo en la acción física o material. La razón teórica es un caso especial de la práctica: la diferencia entre ambas reside en la orientación.

La estructura de las razones y su relación con el lenguaje

EN la línea del pragmatismo del contexto del que procede, Searle afirma que la noción de razón es *relacional*, en tres sentidos: 1. para que algo sea una razón debe ser *una razón para algo más*; 2. porque una razón lo es *para que un agente realice una acción* y debe ser conoci-

(11) Cabría preguntarse por la cuestión del libre albedrío en casos extremos de supresión de libertad del agente, aspecto sobre el que no hay reflexiones explícitas en la obra. Pero incluso, pongamos por caso, el hombre privado de libertad, agobiado y coartado por las condiciones exteriores que le son impuestas, tiene un número –mucho más limitado, obviamente– de posibilidades de elección y debe escoger, por ejemplo, entre desesperarse, someterse, adaptarse a las mínimas posibilidades de su situación, etc.

da por el mismo (12) y 3. está incrustada en al menos tres nociones: *por qué*, *porque a causa de (que)*, y *explicación*. Las razones —siempre relacionales— son hechos, no estructuras formales de argumentos. Devuelve al ser humano, al agente, su responsabilidad y protagonismo porque *el tema central de discusión en una teoría de la racionalidad es la actividad de los seres humanos, yoes participando en el proceso de razonar* (13).

En este juego de relaciones que constituye el actuar, la conciencia de mi yo y la intencionalidad en el lenguaje determinan, como presuposición, la de los otros, mi apertura hacia los otros y el *altruismo*, al que califica de *fuentes: una vez que tengo conciencia y yo, y soy capaz de usar un lenguaje, ya estoy comprometido con la existencia de otras conciencias y yoes en igualdad de condiciones conmigo mismo... soy un yo entre otros*. Nuestro actuar no es, no puede ser, indiferente respecto del otro: esta afirmación exige y supone un compromiso de solidaridad novedoso y positivo. Si tenemos lenguaje, en los actos de habla nos relacionamos con la existencia del otro. Las implicaciones de este punto de vista fundamental tienen mucho que ver con la solidaridad, la consideración del otro, como necesidad universal y biológica en el sentido en que lo es la racionalidad. Volviendo al ejemplo del cliente que pide el vaso de vino, su petición verbal ya supone el compromiso, la razón para el pago.

La «akrasia», una realidad mucho más frecuente de lo que suponemos

POR boca de Sócrates, Platón decía que el malo lo es porque no conoce el bien; dicho de otra manera, el conocimiento del bien se nos impone y nos mueve a actuar en su dirección. Sin embargo, como observa Searle y como a todos se nos ha planteado más de una vez a partir de la evidencia de acciones propias y ajenas que contradicen lo que se considera como bueno para quien actúa, es mucho más frecuente de lo que imaginamos la incoherencia entre el actuar y la percepción del

(12) P. 121.

(13) Y añade, refutando de paso el segundo postulado del modelo clásico: *Lo mismo que el tema central de la filosofía del lenguaje no son las oraciones ni las proposiciones, sino los actos de habla, así también el tema de la filosofía de la racionalidad es la actividad del razonar; una actividad de yoes conscientes que está dirigida hacia un objetivo* (p. 114). No deben confundirse —como lo hacen algunos lógicos formales— los enunciados de razones con los hechos ni con las formulaciones lógicas: *son enunciados y, por lo tanto, entidades lingüísticas, y las razones no son típicamente entidades lingüísticas* (p. 122).

bien. La explicación viene dada por la *akrasia*, que suele definirse como *debilidad de la voluntad* y que está en la base del comportamiento de quienes no pueden obrar de acuerdo con lo que creen correcto. La *akrasia* se entiende mejor desde la filosofía de la acción tal como se plantea en este libro, con la noción de la *brecha*. La debilidad de la voluntad no es ni imposible ni extravagante: es una forma común y natural de irracionalidad y consecuencia de la *brecha*. En cualquier momento de nuestras vidas nos enfrentamos a un rango de posibilidades indefinidamente extenso que nos exige el compromiso de la resolución, de la toma de decisiones. ¿Por qué actuamos en contra de lo que consideramos correcto u oportuno? En la selección de las muchas razones posibles para nuestro actuar, podemos escoger la menos recomendable por debilidad de nuestra voluntad. Reflexionar sobre ello, especialmente sobre la compleja estructura de nuestra acción y sobre las tres brechas que median hasta la realización, puede ser el primer paso hacia la superación de la *akrasia*. El fumador que se afirma en su adicción contra toda razón de salud, el *pasotismo* del joven ante sus obligaciones educativas que le permitirían una mejor formación, la comunidad que insiste en deteriorar irreversiblemente su propio *habitat*, la insensatez política que aboga por los fanatismos exclusivistas a sabiendas de las consecuencias que sus actuaciones acarrearán, pueden ser víctimas de su propia *akrasia*. Nos preguntamos, por ejemplo, si su fuerte presencia en nuestra sociedad, no se deriva precisamente de la diversidad de opciones y de estímulos atractivos que nos ofrece y que terminan empujándonos a elegir la opción equivocada, hasta la menos conveniente para nosotros mismos.

A modo de conclusión: afirmación de la voluntad y del compromiso consciente

EN conjunto, en la obra de Searle, desde su inicial *Expresión y significado* hasta este *Razones para actuar*, pasando por *La construcción de la realidad social*, se nos manifiesta el extraordinario poder del lenguaje y de la reflexión sobre el mismo más allá de su propio ámbito. A partir del lenguaje se llega a la reflexión sobre el hombre en campos cada vez más amplios: ética y sociedad, posición en el mundo. El lenguaje es punto de partida y a la vez de llegada, cuando intentamos comprender la particular esencia de la acción y de la racionalidad humanas (14). Además, como espe-

(14) A través de la alegoría de una supuesta *bestia* o robot al que se le van proporcionando los elementos fundamentales para que actúe,

cial institución social, es puente de compromiso fundamental del hombre con sus semejantes. Cabe preguntarse si, quienes trabajamos con el lenguaje como nuestra herramienta fundamental, somos conscientes de nuestra responsabilidad en relación con instrumento tan poderoso. Maestros, pedagogos, psicólogos, periodistas, hablantes en general, y no sólo los filósofos del lenguaje, pueden encontrar en *Razones para actuar* argumentos suficientes para hacer consciente y efectiva esta responsabilidad.

Valoramos muy positivamente su apuesta por la voluntad y por el compromiso consciente con nuestra propia acción y con los demás, una vez más a través de y por el lenguaje. El lenguaje es, como dice Searle, *compromiso*, y supone *altruismo*, lo que se da sólo en los actos de habla. Frente al modelo clásico de la racionalidad, que sólo sirve según Searle para explicar la actuación de monos más o menos listos que actúan exclusivamente movidos por sus deseos y necesidades inmediatas, la toma de decisiones humana necesita del concurso del libre albedrío y del lenguaje. La estrechísima relación entre pensamiento, lenguaje y acción es el *axis* de esta nueva dimensión: *el lenguaje es tanto para pensar como para hablar* (p. 170).

En el ámbito de la reflexión teórica no es frecuente la obra que concede un lugar tan relevante a la voluntad como el que le asigna Searle. Su peculiar reflexión sobre nuestra acción y sobre la intencionalidad, con la consideración de una realidad mucho más frecuente de lo que suponemos, la *akrasia*, comprensible en el marco de la teoría de la *brecha*, asigna un nuevo valor a la propia voluntad, a la perseverancia de nuestro esfuerzo en el tiempo, al *libre albedrío* y a la responsabilidad que del mismo deriva. En una clara exhortación a la acción y a la tenacidad, nos dice: *Cuando me formo una intención, todavía tengo que actuar de acuerdo con la intención que me he formado. No puedo simplemente sentarme... a esperar a ver qué pasa... El hacerse a la idea de llevar a cabo algo no basta; uno tiene que hacerlo todavía* (p. 251). En síntesis, una lectura atenta del texto –no necesariamente fácil– será seguramente la prueba de que la propia convicción inicial del autor se realiza, proporcionándonos nuevas y positivas razones para actuar.

va definiendo, a modo de síntesis, *un nuevo modelo de racionalidad*, en el que el lenguaje es parte esencial y que incluye: conciencia, intencionalidad, lenguaje (formas de actos de habla básicos que ponen en relación el lenguaje con la realidad en sus dos direcciones de ajuste palabra-a-mundo y mundo-a-palabra), capacidad de comunicar todo esto a otros poseedores de lenguaje, dispositivos para representarse relaciones temporales, modos de articular relaciones lógicas; términos metalingüísticos para valorar el éxito o el fracaso en el logro de la dirección de ajuste y en la coherencia lógica.